

Una visión postcolonial del Caribe:

Identidad, poder
y simbología
antropológico-cultural
en *Los simuladores* de
Naipaul

A Postcolonial Caribbean View:

Identity, Power and
Anthropological and
Cultural Symbology in
Naipaul's Novel *The mimic
men*

Carmen María López López*

Universidad de Murcia, España

laberintodeariadna17@hotmail.com

* Graduada en Lengua y Literatura Españolas (con Premio Fin de Carrera: 9,63) por la Universidad de Murcia. Ha sido Becaria de Colaboración en el curso académico 2012-2013 en el Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universidad de Murcia). Ha realizado el Máster en Literatura Comparada Europea de la Universidad de Murcia, así como el Máster en Formación de Profesorado en la UNED, alternando esta actividad con la creación poética. Ha realizado estudios en el ámbito de la Literatura Española, Hispanoamericana, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, indagando en la interpretación de mitos, las relaciones entre cine y poesía, los Estudios Culturales y Crítica Postcolonial. Recientemente se le ha otorgado una beca de Iniciación a la Investigación en el Departamento de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Murcia. En la actualidad, se dedica a la investigación en los ámbitos de narrativa y poesía y prepara su tesis doctoral sobre narrativa española contemporánea bajo la tutela del Dr. D. José María Pozuelo Yvancos. Correo electrónico: laberintodeariadna17@hotmail.com



Recibido: 4 de febrero de 2014 • Aprobado: 6 de marzo de 2014

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar los procesos de identidad, poder y simbología cultural y antropológica que podemos estudiar a través de una perspectiva literaria. Por lo tanto, este artículo incluye una visión postcolonial del Caribe, concretamente, inspirada por los estudios postcoloniales en los que se inserta *Los simuladores*, obra literaria escrita por el Premio Nobel de 2001 V. S. Naipaul. Para concluir, este artículo pretende analizar el sentido de la identidad en la Isla de Trinidad y Tobago, con la finalidad de ofrecer una interpretación acerca de la perspectiva postcolonial en el Caribe.

Palabras clave

Naipaul, identidad, cultura, postcolonialismo, perspectiva caribeña.

Abstract

The aim of this article is to analyze the process of identity, power and cultural and anthropologic symbolology that we can study from a literary perspective. Therefore, this article includes a postcolonial Caribbean view, concretely, inspired by the postcolonial studies in which we can consider *The Mimic Men*, a literary work written by the Nobel Prize (2001) V. S. Naipaul. To conclude, this article pretends to analyze the sense of identity in Trinidad and Tobago's island, to offer an interpretation about postcolonial Caribbean view.

Keywords

Naipaul, Identity, Culture, Postcolonialism, Caribbean View.

Mira a tu alrededor: hay otro, siempre hay otro.
Lo que él respira es lo que a ti te asfixia,
lo que come es tu hambre.
Muere con la mitad más pura de tu muerte.
Rosario Castellanos (2001, p.109)

Introducción

El objetivo primordial de este estudio consiste en realizar un análisis postcolonial de la novela de V. S. Naipaul *Los simuladores* (1967). Según expresa el escritor en el discurso de recepción del Premio Nobel (2001), nació en 1932 en la colonia caribeña de Trinidad y Tobago, una isla cercana al río Orinoco en Venezuela y que, en aquel entonces, se encontraba bajo la soberanía británica. El escritor es descendiente de inmigrantes llegados de la India para reemplazar en las plantaciones de caña a los esclavos negros que habían logrado emanciparse a mediados del siglo XIX. Como descendiente hindú de la casta de los brahmanes, en esa isla del Caribe pronto se vio hostigado y perseguido, por lo que optó por un cierto aislamiento social para preservar las costumbres hindúes en un hábitat rural. A pesar de las raíces hindúes de sus abuelos emigrados a las Antillas, Naipaul se empapó del espíritu caribeño y del sincretismo de la población afincada en esa región, originarios de la India, hindis y musulmanes, casi todos de origen campesino y la mayoría provenientes de la llanura del río Ganges.

De este modo, Naipaul forja personajes de acuerdo con un elemento de mixtura racial, cultural y lingüística. A Naipaul la historia de la literatura y de las ideas literarias le debe haber servido para dar vida y existencia literaria al personaje llamado Ralph Singh, protagonista de *Los simuladores*: cínico, culpabilizado, solitario, manipulador, estrategia, fingidor y, en definitiva, ambiguo, por lo que podría calificársele con muchos otros adjetivos que quizá no pudieran colmar el horizonte de expectativas de cualquier exegeta a la búsqueda del sentido.

El personaje protagonista de *Los simuladores*, cuyo nombre se desconoce al inicio de la novela, relata a modo de memorias su vida en un exilio perpetuo: en la Isla de Trinidad y Tobago o en Inglaterra, deambulando por distintas zonas de residencia, de manera que va fraguando su historia memorial retrotrayéndose a episodios de su infancia, en una ruptura del orden cronológico como indagación en el pasado a través de saltos temporales y llamadas hacia su vida presente como exiliado en un hotel londinense. La voz y la focalización desde la que nos habla y hacia donde dirige su mirada permiten descubrir al lector que este personaje

procede de la sociedad postcolonial, que ha abandonado su lugar de origen y vive como exiliado en Londres. A lo largo del relato, la novela evoca distintos escenarios: la Isla de Trinidad y Tobago, así como Londres. La escritura del yo, en primera persona, incluye la evocación de otros escenarios de la novela, el relato de la ascendencia de otros personajes, así como la visión de una confluencia de culturas, de la que se deriva una suerte de poliglotismo lingüístico.

En cierta medida, el enfoque de la teoría postcolonial al que se adscribe la obra de Naipaul rompe el maniqueísmo de la historia al elegir a un personaje dominado (exiliado de la India y asentado en el Caribe para sustituir al contingente de esclavos negros que consiguió emanciparse de la Isla de Trinidad y Tobago a mediados del siglo XIX) y a su vez personaje dominador (prestigioso en la isla, cargo político importante y elitismo social). Si bien Said en *The Problem of Textuality* ya advirtió el paralelo existente entre el sistema carcelario foucaultiano y el discurso orientalista (Vega, 2003, p.78), en *Los simuladores* esa prisión desasegante se instala en el corazón del protagonista, como cárcel interna de una vida ambulante, de un nomadismo físico y de espíritu que culmina en un exilio profundo al corazón de su conciencia.

El problema postcolonial se ha desplazado de la sociedad al individuo o, al menos, es en el individuo donde revierten de manera más profunda las heridas mal cicatrizadas de la dominación británica e imperial sobre los territorios coloniales del Caribe. Si en las novelas de Conrad el individuo sufre y arrastra su sufrimiento a la sociedad, como modo de reivindicación contra los abusos del imperialismo, en *Los simuladores* Naipaul da voz a un personaje de una deliciosa ambigüedad, tirano de sí mismo, limítrofe de su propia conciencia y amenazado por los *otros*.

Respecto al discurso postcolonial ortodoxo, la tragedia en Naipaul se agiganta, porque el hombre no atesora un respaldo social, en la medida en que desde un punto de vista simbólico se ha roto la dicotomía imperio-colonia en términos absolutos. Ya no existen vencedores y vencidos, pues el maniqueísmo de la historia se ha disuelto en un divagar sin rumbo entre un exilio perpetuo entre Isabella y Londres. El discurso postcolonial hegemónico, construido sobre las ideas teóricas de Said en *Orientalismo* a propósito de la dominación de Occidente frente a Oriente, se había cimentado sobre los pilares de un poder político, intelectual, cultural y moral (Said, 2007, p.34). Sin embargo, la riqueza estética e ideológica de *Los simuladores* estriba en esa ruptura del discurso ideológico de la soberanía de un dominador que subyuga a un *otro* sin voz, silente, aletargado y sumiso.

A diferencia de esta idea asentada en el imaginario cultural e ideológico de la narración postcolonial, la reflexión de Naipaul se distancia del discurso victimista que ensalza el horror colonial y denosta la dominación imperialista. En palabras de Varela (1998), Naipaul —como Vargas Llosa— critica desde dentro las deficiencias de las sociedades en vías de desarrollo:

Se alejan del tradicional discurso victimista que sitúa reiteradamente las adversidades sociales y económicas en las circunstancias, hoy ya un tanto lejanas, del colonialismo o en la tesis de que el neo-colonialismo y el imperialismo son fenómenos que hipotecan irremediablemente el progreso de los países del Sur. Se distancian igualmente de aquellos que, ante la inestabilidad social y la precariedad de la economía del Tercer Mundo, consideran que la prioridad de la etapa posterior a la independencia reside en la construcción y la consolidación de un Estado. (Varela, 1998, p.36)

Focalizada en la figura de Ralph Singh, Naipaul reivindica la valía del individuo frente a la colectividad. Al concederle el privilegio de narrar en primera persona su propia historia, le otorga simpatía a un personaje que, incapaz de adaptarse a las circunstancias adversas de su contexto espacial, irá en busca de una nueva vida como exiliado. La psicología de Ralph Singh queda trazada de manera luminosa como ser preocupado por su educación, de gran talento y sensibilidad. Conocedor de las glorias pasadas y del mundo clásico, recuerda proverbios aprendidos en clase de latín: *Quantum mutatus ab illo* (Naipaul, 1997, p.50).

En las lindes de la identidad: Ralph Singh

Comprender al individuo es conocer los dilemas de su alma: sus orígenes y heridas, sus convicciones y anhelos, su identidad y su nombre. Configurada formalmente como memorias, *Los simuladores* se presenta como el relato de un personaje que mantiene su identidad oculta, como un *mimic men* sin nombre, que permanecerá como sombra innominada durante buena parte de la novela, ejerciendo de impostor, farsante e imitador. La novela comienza y apenas nada sabemos de él, solo de su huida a Londres, de la vida modesta en una casita londinense, como inmigrante en un entorno de baja clase media y de su posterior preferencia a la libertad en un alejado hotel suburbano.

Sin embargo, a medida que avanza la novela hallamos intersticios de luz sobre el protagonista. Ese sujeto cuyo nombre todavía desconocemos, es un imitador,

una construcción personal de distintos yoos íntimos y epidérmicos, tejidos de las distintas pieles bruñidas por el sol de su extraña existencia. Manipulador de la realidad, actúa eligiendo a capricho el papel más conveniente según la situación (el dandi, el colonial, el político o el manirroto), como mecanismo de defensa ante la amenaza que supone mostrarse tal cual es en ese inhóspito entorno londinense. Pero va más allá, porque Ralph ni siquiera sabe quién es. Su alma parece inclinarse hacia el «conócete a ti mismo» del oráculo de Apolo en Delfos, ¿pero cómo acceder a tal conocimiento en espacios divergentes, sin hallar en ninguno la raíz primigenia que justifique el anclaje vital de su ser?

Ya desde las primeras páginas, asistimos a la figuración y autoconciencia de un sujeto que se está representando en Londres, que finge una identidad y cualidad que no son suyas, razón que justifica porque no quiere sentirse un perdedor arrojado de su isla. Esta veta de la teoría literaria postcolonial se acerca a las ideas de Homi Bhabha, donde no existe una división neta entre colonizador y colonizado, sino una frontera difusa, mimética y ambivalente que conduce a una hibridación del *mimic men* (Bhabha, 1994, p.112). Indagando en los orígenes del protagonista, se justifica su actitud de disidente y su condición de exiliado, pues el imitador va desvelando en la narración su aciago origen: es de procedencia india y se ha afincado en un área del Caribe y, ante la situación desagradable en la isla, marcha como exiliado a Inglaterra.

Esta modelización del mundo presente en *Los simuladores* permite al personaje disfrazarse bajo distintos nombres, como dispositivo de huida de su personalidad. Es en la isla donde el protagonista, Ranjit Kirpalsigh, cambia su nombre de ascendencia hindú por Ralph Singh. Se opera, por lo tanto, un proceso de transformación para borrar sus señas de identidad hindú: a los ocho años ya sabe que su nombre es un fraude. Si bien en Ralph asistimos a un proceso de desvinculación con las raíces autóctonas de la India, en el padre de Ralph se aprecia un paralelismo en sentido inverso: una suerte de reivindicación de las tradiciones arraigadas en el imaginario hindú, por lo que pasa a llamarse Gurudeva. Según justifica el personaje, el nombre secreto se remonta a una costumbre hindú de castas.

Es, quizá, en virtud del distanciamiento de la tierra de sus antepasados –la casta brahmánica del hinduismo–, que ambos personajes se replantean sus orígenes: en el caso del hijo, en busca de la modernidad y los nuevos horizontes, renegando de su condición de indio y, en lo concerniente al padre, como reivindicación de lo antiguo y lo ancestral de la identidad hindú. Sin embargo, ambos posi-

cionamientos de la identidad conducen, a la postre, a una idéntica inestabilidad emocional. Huir de la identidad primigenia no garantiza que, al abandonarla, se consiga habitar en la propia tierra. Si bien Ralph Singh continúa siendo con su nuevo nombre un exiliado en cada uno de sus actos vitales, el nuevo nombre del padre, Gurudeva, le conduce a una vida como proscrito social, líder de un grupo pseudorrevolucionario sumido en el aislamiento y en la preservación de los ritos ancestrales.

Como estudió Vertovec (1991, pp.149-154), la población hindú afincada en los estados caribeños de Trinidad, Guayana y Surinam, se consideraba a sí misma y era considerada por los otros como un grupo étnico distintivo por sus creencias religiosas, parentesco y bajo estatus social (con un arraigado sistema de castas). En el pasado, los brahmanes adquirieron un rol simbólico, ideológico y organizacional como etnia hindú. En ese contexto ético, racial y religioso de pluralismo en el Caribe, el contingente hindú –considerado pagano e idólatra– mantuvo un bajo estatus y fue desdeñado de la sociedad colonial caribeña. A esta luz se justifica el aislamiento encarnado en Gurudeva, personaje que emblematiza el proceso de “brahmanización” hindú en el Caribe.

Si el hombre en sí mismo se define como ficción, no menos pueden serlo los lugares donde habita. Así pues, Isabella se erige como cronotopo simbólico y ficcionalizado, trasunto de la Isla de Trinidad. Desde la antigüedad y los tiempos homéricos, los estudiosos atribuyeron a la isla un sentido simbólico de aislamiento como micro-espacio alejado de los grandes núcleos urbanos y poblacionales, representado en *Los simuladores* por el imperio británico. El sentimiento de insularidad en un territorio pequeño, alejado de la metrópoli crea una sensación de angustia en el protagonista, por lo que siente desprecio hacia lo pequeño, marcado por una renuencia hacia la isla que lo aleja de un orden social mayor. Sin embargo, en Ralph se manifiesta un auto-aislamiento, aquejado por un sentido de la aniquilación personal y ruptura con el orden moral de la sociedad colonial.

El mestizaje racial, cultural y lingüístico se retrata de un modo magnífico en el episodio del bautizo del hijo ilegítimo de Liení, una maltesa con la que el protagonista trabó relación en Londres, hecho que da buena cuenta de las gentes de distinto origen que conviven en Londres: indio amante de Liení o la pareja de italiana e inglés como padrinos en el bautizo. Tal mestizaje e hibridación racial es solo un episodio más en la búsqueda de su identidad, encubierta bajo distintas máscaras y construcciones del yo que, a la postre, le revelan la verdad más amarga: la falta de vínculo entre pasado y presente. Habermas (1989, p.115)

comprendía la identidad del hombre como un proceso intersubjetivo y, por tanto, creada y compartida en el seno de una persona, un grupo o una nación. De manera semejante, para Villoro (1998, p.65) la identidad es una representación intersubjetiva que aflora cuando las personas se reconocen a sí mismas como miembros de su grupo.

La compleja personalidad y psicología de Ralph Singh precisa de una reflexión sobre los conceptos de identidad y formas de huida de la identidad (alteridad u otredad), en virtud de mecanismos como la imaginación-ensoñación o el juego de roles. El orden imaginario se erige como sistema interno y en lo que refiere a la construcción de identidad, se asocia con la memoria y la subjetivación del tiempo, pues en la memoria no hay orden cronológico. En momentos de sensualidad, de acceso al paraíso sensorial o al placer, yo soy lo que siento, y es internamente referencial (significa en sí mismo). En virtud de su cualidad sensorial, el amor es también un acto exento de lenguaje, una regresión al orden imaginario infantil. Para amar no son precisas las palabras. Basta con sentir. A lo largo de la novela, Ralph mantiene relaciones sexuales con mujeres que no comparten su lenguaje, en una experiencia anterior a las cortapisas impuestas por el signo lingüístico, a la relación arbitraria entre significante y significado. Mediante este acto, Ralph se retrotrae al espacio simbólico, al paraíso sensual y sensorial del niño para sentirse ser.

En virtud de la escritura, el *chronos* deviene *kairos* para Ralph. Tanto podría decirse que el espejo es el único objeto que no significa por sí mismo, sino que requiere de la presencia del sujeto (otro) para colmarse de significación y adquirir pleno sentido. Ralph Singh se está mirando en el espejo de su conciencia, que parece decirle: Mira, eres tú, señalando su imagen a través de un espejo que es, en definitiva, la imagen que como construcción social ofrece de sí mismo a los otros. El hombre no puede vivir sin la otredad porque quizá si aniquilamos al otro, como en el cuento *William Wilson* de Poe, nos matemos a nosotros mismos.

Asimismo, la subjetivación del espacio, frente al orden simbólico donde aflora el lenguaje, supone una regresión al orden imaginario, donde los amantes se comunican a través de una lengua franca. Ralph se imagina a sí mismo en una situación, subjetiviza su experiencia y se ficcionaliza como don Quijote. Este proceso de subjetivización puede manifestarse en virtud de dos procedimientos: mediante la imaginación-ensoñación o admitiendo un juego de roles. Ambos mecanismos suponen un retorno al estado infantil. El niño juega a ser otro todo el tiempo. Lo

más importante es la necesidad de sentirse, de reconocerse, la «sed de realidad», que diría Thomas Mann.

En la novela Ralph se retrotrae a escenarios de su infancia y adolescencia en Isabella, dejando traslucir episodios propios de la llamada *Bildungsroman* o novela de aprendizaje. Si en *Enrique de Ofterdingen* de Novalis el protagonista vive en el sueño romántico de la búsqueda de la flor azul, en *Los simuladores*, Ralph Singh sueña con el hallazgo de una identidad y, de forma paralela, con la huida de la misma, ficcionalizándose infantilmente mediante distintos roles. Este hecho implica un distanciamiento de la propia persona para imaginarse a sí mismo en una situación imaginaria, fabulada por el sujeto. Así pues, el protagonista contempla a alguien ahogándose y se distancia al imaginarse a él mismo. Es la absurdidad de salvar a esas personas ya cadáveres: un hombre se adentra en el mar para salvar a sus hermanas, igual que en la fábula (Naipaul, 1997, p.123).

La vida para Ralph es como el destino del hombre que se adentra en el mar para salvar a su hermana y al final los dos son engullidos mar adentro. Entre ensoñaciones y mundos imaginarios, Ralph es un soñador de un sueño doble o sueño dentro de un sueño en el que se pregunta a sí mismo si está soñando y conviene en que no. Soñar con el pecho de su madre –en un lugar impreciso, caracterizado por el color azul, en una selva en tinieblas– lo conduce a un estadio primigenio de la existencia humana. Sin embargo, tras la ensoñación, al encontrarse solo se siente liberado de su madre, sin padre y sus hermanos. Como mecanismo de huida, la heroicidad se eleva a la categoría de rol, en virtud de una vuelta a un pasado glorioso en parangón con héroes de la clasicidad como Alejandro Magno. En este sentido, la obra de Naipaul establece un vínculo con *El hombre que pudo reinar* de Kipling, donde a través de una leyenda asentada en el imaginario de la tribu, se confunde a un aventurero con Alejandro Magno.

No obstante, en *Los simuladores* la evocación del rey macedonio supone un enaltecimiento de la imagen personal de Ralph, una sublimación del yo, en defensa de un modelo ficticio con valores heroicos o épicos en que Alejandro en su jinete se erige como personaje fundamental en el mundo de los sueños, la divagación y el anhelo. De nuevo, asistimos a un episodio de otredad que Octavio Paz (1993, p.352) manifiesta mediante la concepción del sujeto como un héroe, un santo o un redentor. Esta apología de la antigüedad como sistema de valores se articula a través de otros elementos: Ralph adora la sencillez y austeridad de la casa romana construida en Isabella, al tiempo que ojea ilustraciones de Pompeya y Herculano. Su gusto por la clasicidad se justifica en razón de una búsqueda del

renacimiento del mundo, de las glorias pasadas y los grandes hitos que han vertebrado la historia de Occidente.

Sin embargo, no solo es Ralph quien inventa personajes para sí. En Londres fue Lieni, la maltesa, quien creó al personaje colonial rico, con las veladas en el British Council para “conquistar” mujeres o el éxito en un tren de Oxford con una noruega. Ralph llegó a Londres para darse una identidad, pero la personalidad no puede mantenerse unida. Ante la desazón de no saber quién es, se desvanece en el presente y vuelve al pasado en la Isla de Isabella. La vida se presenta como un drama teatral para escapar de su existencia rutinaria y mediocre. El individuo postcolonial se enfrenta a un contexto agresivo, países marginales, pequeños, alejados del resto del mundo. Ante tal aislamiento, cabe el refugio en la fantasía y la imaginación: huida o exilio interior ante una realidad compleja y hostil. La apariencia otorga más satisfacción que la realidad tangible. Fingir es el único medio de supervivencia y acaso un arma de integridad emocional. A medida que escribe, Ralph va cambiando la visión de los hechos: aflora como un yo en construcción que quiere creer que “la personalidad tiene coherencia” (Naipaul, 1997, p.207) y es una e indivisible.

La conciencia de tener un público –en los campos de Isabella o en el campo de críquet– al que considera inferior, en un alarde sin parangón de proselitismo, le otorga la hiperlucidez de que se está representando, en un teatro con un público y distintos escenarios de actuación social. No como en Pirandello, donde los planos de la vida y de la representación se han invertido, sino en virtud de un mecanismo por el cual la representación –la ficción y figuración del personaje– ha suplantado a la vida y se ha impuesto. Cuando tiene oportunidad de distinguirse en el atletismo en los juegos deportivos de Isabella Imperial, imitaba a los atletas de mayor edad (nuevo personaje). El protagonista no puede formarse una imagen de sí mismo más que a través de la imagen que de él le ofrecen los demás: se juzga a sí mismo con el prisma con que lo ven los otros, lo que supone irrisión, temor, ira, desprecio y lástima.

El mundo es eso: estructuras sociales hegemónicas. Naipaul da voz a un personaje que dice ser el último de su estirpe, de una raza en extinción: un apátrida. Sin embargo, aunque a lo largo de sus memorias se desprenda un regusto amargo propio de los vencidos, no escribe su historia desde una perspectiva derrotista. El subalterno aquí tiene una voz, pero mediante un cambio de piel, a través de distintas máscaras y figuraciones. Ante la dificultad de aunar tantas máscaras y espejos de un yo fractal, queda replegarse en los intersticios de luz y soledad que

hay en su alma. El mestizaje y la hibridación de razas y culturas provoca un sentimiento de extrañamiento y diferencia, que impone una trágica distancia del personaje respecto a otros colectivos. Así pues, frente a la fe racional de que lo otro no existe, esa “esencial heterogeneidad del ser” que expresó Antonio Machado a propósito de su otro Abel Martín, el sujeto postcolonial se siente acechado por la intrusión del otro o de la otredad como formas de vida sociales y culturales.

La culpa y la desculpabilización

Escribía Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* que el amor es la “revelación de dos soledades” (Paz, 1993, pp.342-347). El amor es la gran tentativa hacia la otredad humana y, sin embargo, la consecución amorosa es una experiencia casi inaccesible. A él se oponen la moral, las clases sociales, las leyes, las razas e, incluso, los propios enamorados. En la relación amorosa surge la otredad: la mujer siempre ha sido lo otro para el hombre. Mientras que una parte del ser del hombre atrae a la mujer, la otra mitad la excluye por su condición de diferente, lo que la convierte en objeto. Entre la mujer y el hombre se interpone el fantasma de la imagen de la mujer creado por el hombre. Por eso, las relaciones eróticas –según Paz– están viciadas en su raíz, manchadas en su origen. Además, el amor no es un acto natural, sino una construcción humana, una creación del hombre. Cuando en un episodio de la infancia en Isabella que el protagonista rememora, el maestro preguntaba los masculinos y los alumnos debían dar los femeninos, se sintió mortificado: “Esposa es una palabra terrible: Al cabo de más de treinta años, el hombre está de acuerdo con el niño, es una palabra terrible” (Naipaul, 1997, p.103).

Si bien en la isla Ralph había trabado conocimiento con mujeres de distintas razas, “ningún cuerpo deshonramos tanto como el nuestro propio; contra él desplegamos la perversidad del gato que constantemente se abre las heridas” (Naipaul, 1997, p.80). En Londres, Ralph conoce a Sandra, una joven de acento inglés con la que se casa, si bien pronto sentirá el ultraje del matrimonio como convencionalismo social, que le impide salvar las distancias de la diferencia racial, social y cultural entre ambos.

Para Ralph Singh, el concepto de belleza ideal es, por definición, anticanónico, por cuanto el físico de Sandra, la mujer que conoce en Londres, entraña una clase de belleza que mejora con la edad. Además, cuando se produce una relación intensa de amistad entre Wendy Deschampsneufs –de ascendencia france-

sa— y Sandra, el imitador entiende esa atracción como *différance*: contraste entre la belleza y la fealdad (Naipaul, 1997, p.88). Ese amor fuera del canon genera también una culpa y la consecuente desculpabilización. Tampoco sus posiciones vitales son canónicas: Ralph es un inmigrante exiliado y Sandra un ser solitario que no pertenecía a ninguna comunidad o grupo y que había rechazado a su familia. Iguales en posición social y en estado de espíritu, Sandra y Ralph se van a vivir juntos. Se casan. Como escribió Paz (1993, p.346), la sociedad identifica el amor como el matrimonio, como una unión estable para crear hijos, idea que Ralph critica de forma subyacente en la novela. Nacen discrepancias, diferencias, sentimientos de soledad y el estigma de la culpa. Ralph es hindú, mientras que Sandra no está enraizada en la historia de la colonización, haciendo gala de su acento inglés del norte. Sin embargo, no se puede sostener un matrimonio que se cimenta únicamente sobre el hecho de compartir una geografía y sentirse arrojados al mundo. Ya en la Isla de Isabella, él espera que Sandra se marche a la espera de otras relaciones, países y paisajes, mientras que Ralph no tiene a dónde ir.

La otredad amorosa instaura en la conciencia de Ralph un sentimiento de culpa: la dádiva que cae sobre nosotros es carga insoportable, nos separa y aparta del yo al que conocíamos. La culpa en el corazón de Ralph adquiere un cariz hereditario, puesto que está arraigada en el seno mismo de su familia. Así pues, era una humillación para su padre comprobar que, si bien se había casado con la hija del tendero, con los años se había visto reducido a la condición de maestro de escuela, puesto que su mujer se había colmado de riqueza cuando se llevó Coca-Cola a la isla. Su madre aceptaba su propia culpa.

El discurso como dominación: Capitalismo y mitologías

A veces no se ve nada en la superficie,
pero por debajo de ella todo está ardiendo.
Y. B. Mangunwijaya (en Klein, 2001, p.2).

La teoría postcolonial se construye, en gran medida, sobre la base de una hegemonía de poder filtrada a través del discurso. Said en *Orientalismo* se inspiró en la noción de discurso como dominación, proveniente de Michael Foucault en obras como *La arqueología del saber* o *Vigilar y castigar*, idea deudora a su vez de la concepción de Nietzsche en *La genealogía de la moral*, donde sostiene que toda afirmación cognoscitiva emerge en el discurso como herramienta de sometimiento:

¿Qué es la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismo, en una palabra, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas, adornadas, poéticamente y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son las ilusiones de los que se han olvidado de que lo son. (Nietzsche, 2000, p.7)

Ese “ejército de metáforas” que para Nietzsche es la verdad, deviene lenguaje en la medida en que adquiere su correlato en la construcción verbal de discursos ideológicos. En *Los simuladores* el lenguaje —*verbum* en el sentido de la antigua oratoria— se vehicula como elemento de la dominación: “Qué consolador, qué engañoso es el don de hacer frases” (Naipaul, 1997, p.77). Ante su carrera política en Isabella, Ralph experimenta sentimientos contradictorios, entre el temor y el deleite, ante la certeza de que el pueblo es susceptible de manipulación al frente de un orador en cuyo discurso únicamente se profieren *flatus vocis*, palabras huera y vacías. En este punto, la novela ejerce —con finísima ironía—, una dura crítica ante la falta de honradez en los discursos, pues independientemente del contenido que expresen, conducen al mismo final: aplausos entre la multitud. En *Los simuladores* se rescatan situaciones del mundo postcolonial, como la demagogia y la pseudorrevolución, a través de un discurso lingüístico donde se deja sentir la dominación occidental frente a los prejuicios hacia el Tercer Mundo asentados en el imaginario colectivo. Como escribió Foucault (1979, p.112), el poder se ejerce mediante la producción de discursos que se autoconstituyen en verdades incuestionables.

Si el lenguaje puede dominar, la figura del líder en sí mismo se construye como un bálsamo ante la debilidad del pueblo, como identidad demandada para hallar la paz y la fortaleza, como resquicio seguro y adalid de la verdad. A este respecto, en las cinco charlas radiofónicas luego compendiadas en el volumen *Nostalgia del absoluto*, George Steiner (2007, pp.13-22) tuvo el acierto de postular que la pérdida de la vigencia del pensamiento teológico en el mundo occidental contemporáneo alentó el surgimiento de diversas “mitologías” sustitutorias que, pese a su carácter voluntariamente racional, se empaparon de un sesgo teológico innegable.

Así pues, Steiner analiza el discurso marxista, el psicoanálisis freudiano, la antropología de Levi-Strauss y otros fenómenos postmodernos (la superstición, el irracionismo, el orientalismo o la creencia alienígena) para dirimir un elemento

fundamental de la cultura: la construcción de discursos míticos, caracterizados por su totalidad, por la creación de su propia ortodoxia, mediante la construcción de emblemas y escenarios característicos. Estas “mitologías” pseudoreligiosas vendrían a satisfacer el “hambre de absoluto” del hombre contemporáneo. Sin embargo, tales construcciones políticas, religiosas o sociales no son sino una mitificación humana que esconde su falsedad, pese al argumento de credibilidad que le otorgan sus líderes y adeptos. Estos líderes se encarnan en *Los simuladores* en las figuras de Ralph, el pseudopolítico manipulador de Isabella, y su padre Gurudeva, dirigente de una tribu hindú en la isla.

El sentimiento de dominación y territorialización discursiva imprime en el protagonista un carácter elitista, expresado en la idea de que la educación se confina a las clases bajas, hacia el ideal de ser brillante sin esfuerzo aparente. Asimismo, el personaje elimina y simplifica relaciones, ahondando en su conciencia sobre el público que sigue sus discursos, creándose una red simbólica de significados en torno al discurso dominante y hegemónico (el del líder) frente a la pasividad, asentimiento y adulación del sometido (los adeptos). De este modo, reflexiona sobre el público:

Un público lo integran individuos que en su mayoría son probablemente inferiores a ti. Una confesión desagradable; pero jamás he creído al actor que afirma “amar” a su público. Ama a su público del mismo modo que podría amar a sus perros. El que actúa en público y tiene éxito, no importa en qué campo, quizá no parte del desprecio, sino de una honda falta de interés por su público. El actor está distanciado de aquellos que le aplauden; el líder, y especialmente el líder popular, está distanciado de aquellos a los que guía. (Naipaul, 1997, p.129)

Para Ralph Singh, el político es un personaje separado de su personalidad, transformado en una figura pública, rica y atractiva, posicionada del lado de los pobres. Como político es consciente de la violencia racial. Tal como el protagonista escribió en el periódico “The Socialist” en Crippleville, la violencia en las Américas no era nueva: llegó con Colón y desde entonces se impuso. Con el éxito en las elecciones culminó su ascendencia al poder en Isabella, con frases tomadas de prestado para huir del pensamiento. Con ellas prometieron la abolición de la pobreza, el matrimonio entre razas diferentes o un pago mayor a los agricultores: “Prometían; prometían; y generaban el frenesí del predicador callejero que conmueve a su auditorio con una visión del mundo rico e inalcanzable estallando en

una bola de fuego” (Naipaul, 1997, p.224). Sin embargo, Ralph es consciente de la fraudulencia que entraña su éxito: “Nos preguntamos por qué nadie nos había desenmascarado. Teníamos la sensación de que nuestro éxito era fraudulento” (Naipaul, 1997, p.225).

A través del discurso de Ralph Singh se filtran reflexiones sobre el éxito y el fracaso, como categorías sociales y morales que el individuo ha construido de acuerdo a un imaginario de la dominación, ante la amenaza constante del otro. Paralelo a este hecho, se profundiza en la volubilidad de la fortuna: un hombre gana cien libras que luego perderá. Así pues, tras el declive de su carrera política en Isabella, en un mes se esfumó su poder. Los periódicos lo olvidaron: es el precio que hay que pagar por la futilidad del éxito: “Los hombres sin rostro, que de un desorden de esta clase se elevan hasta la cima y gozan brevemente de la gloria, nunca son culpables. Juegan con el dolor incurable desde dentro” (Naipaul, 1997, p.269). Y sin embargo, vivir es competir a la búsqueda del éxito. Cuando tras una competición deportiva como atleta, Ralph regresa a casa y su madre le pregunta por el trofeo, él ha de responder que no ha ganado. Es esa pequeña muerte diaria de hacer lo que se espera de nosotros y de alcanzar, a la postre, la complacencia del éxito.

A este hombre mimético la pasión por el dinero le resulta repulsiva y, sin embargo, más ignominiosa aún considera la pobreza como estatus económico del individuo. Un episodio ensamblado en el corazón de la novela se refiere a los orígenes del padre –maestro de escuela– y de la madre –tendera en un principio–, en cuya fortuna devino rica a raíz de que su familia se convirtiera en embotelladora de Bella-Bella, empresa comercial de Coca-Cola. De esta manera, Coca-Cola, bebida que ha llegado a todos los rincones del planeta y símbolo de la cultura estadounidense, se alza en *Los simuladores* como producto hegemónico que, amparado en el capitalismo occidental, ha monopolizado el comercio de la isla. No puede ser de otra manera cuando en un pasaje de la obra Cecil, el tío de Ralph Singh, se enfurece al visionar cajas de Pepsi-Cola, que suponen en el plano comercial una amenaza e intrusión de *lo otro* frente al producto hegemónico.

En definitiva, en la novela se van presentando distintas construcciones culturales, sociales y políticas de la supremacía dominante frente al elemento tildado de menor entidad, periférico o subalterno. Así pues, de ejemplo, una mujer sueca amiga de Sandra que vive en una cabaña en las montañas, realiza una descripción racial peyorativa. En otro episodio emblemático de la novela, cuando empezó la violencia organizada en la isla, fueron a la casa romana a hablarle a Ralph sobre

el dolor: mujeres y niños agredidos, acuchillados, casas quemadas... Ralph cerró los ojos y pensó en jinetes cabalgando hacia el fin del mundo, como una desgarradora estampa del apocalipsis. Ante la violencia imperante en Isabella, Ralph se refugia en el mundo de la fantasía. No quiere saber nombres ni detalles de los muertos. Es preferible escuchar “Han estallado disturbios raciales” o “se han perdido vidas”. Qué falso es el lenguaje, qué misterio se esconde detrás de las palabras cuando nombran de forma imprecisa por temor a la verdad. Quizá por eso el lenguaje es el misterio que define al hombre.

Imaginario antropológico y cultural

Ritualizar los actos: el caballo

Cuando en *Los simuladores* se organiza la carrera de la copa Malaya, el favorito es el caballo Tamango de las cuadras de Deschampsneufs, personaje de ascendencia francesa pero que habita en la isla. El nombre de este caballo es africano y, aunque de significado ambiguo, complacía a muchos negros. En Isabella sabían que ese nombre procedía de un texto francés sobre un jefe africano, vendedor de esclavos. La familia Deschampsneufs puso tal nombre al caballo, llamando la atención sobre un pasado que reconocían vergonzoso.

De repente, el caballo desapareció y al cabo de semanas lo encontraron muerto: apenas carne cruda a la que habían arrancado el corazón y las entrañas. Allí aparecía una esvástica trazada con harina. Ralph pronunció una palabra que conocía de su infancia hindú y que le llenaba de horror y temor: *asvamedha*. Este hecho se explica porque en la India, con motivo de la entronización de las fiestas del Año Nuevo, tras la selección de un caballo blanco en una carrera de carros, se llevaba a cabo su sacrificio (*asvamedha*), con el fin de ayudar al Sol en su proceso de renovación. De esta manera, el caballo simboliza la fuerza regia (*ksatra*) que debía regenerarse cada año mediante la perpetuación del sacrificio. En palabras de Eliade (1999, p.286), se trata del rito védico más célebre del imaginario de la India, asociado con la fecundidad y la prosperidad para el país. Así pues, en *Los simuladores* el padre de Ralph, Gurudeva, una vez fue acusado incluso de matar al caballo *Tamango*, como símbolo de los prejuicios de la sociedad caribeña ante la ritualización hindú.

Sublimar la identidad: El jinete

Un significado muy distinto adquiere el símbolo del jinete en la obra, como exaltación de lo heroico de los tiempos gloriosos de Alejandro Magno. Ralph quiso

escribir la historia del retraimiento de sus tiempos de poder, no como individuo, sino como ejecutante. Escribe desde una ciudad mecanizada, en la que tiene visiones de jinetes del Asia Central en los que cabalga: hacia un mundo vacío. Aunque mediante ese proceso de heroización siente la nostalgia de Alejandro, el jinete se erige como símbolo de fuerza y poder conquistador:

China era el tema de las lecturas secretas de Hok. El mío eran los rajputs y arios, las historias de caballeros andantes, jinetes y vagabundos. Incluso había leído los difíciles volúmenes de Tod. Había leído sobre la patria de los arios asiáticos y persas, que algunos situaban tan lejos como el Polo Norte. (Naipaul, 1997, p.111)

Huir del paisaje: La nieve

En distintos episodios de la novela, Ralph se refiere a la nieve como paisaje idílico y elemento bello y poético de la tradición literaria. El protagonista no reconoce como suyo el mundo tropical que le corresponde y, sin embargo, muestra predilección por las zonas templadas: la campiña inglesa (Varela, 1998, 117). Esta idea constituye una forma de otredad en el paisaje, por lo que concibe la nieve (elemento ajeno: otro) como suyo propio (signo de identidad). Así pues, buena parte de las asociaciones mentales tienen un carácter poético, creado culturalmente y, por tanto, ajeno a la realidad tangible o palpable que el espacio transmite. El paisaje nevado, como Ralph, sufre una transformación y le permite acceder a lo onírico, en una huida hacia el mundo de los sueños. La nieve es un elemento inestable, perecedero y transitorio, como la existencia de Ralph:

Vivía una vida secreta en un mundo de llanuras interminables, montañas altas y peladas, picos blanqueados por la nieve, entre nómadas montados a caballo, plantando cada día mi tienda a la orilla de torrentes fríos y verdes que rugían sobre las rocas grises, despertando cada mañana en medio de la niebla y la lluvia y un tiempo peligroso. Yo era un Singh. Y soñaba que por todas las llanuras del Asia Central los jinetes buscaban un líder. Entonces se les acercaba un sabio y les decía:

—Estáis buscando donde no debéis buscar. Vuestro verdadero líder se encuentra muy lejos de aquí, naufragado en una isla como no os podéis imaginar. Playas y cocoteros, montañas y nieve: colocaba las imágenes una al lado de otra. (Naipaul, 1997, pp.111-112)

Como ha estudiado Varela (1998, p.111), Ralph describe el entorno caribeño en términos negativos, asociado simbólicamente al sentimiento de desolación y marginalidad, como metáfora de la falta de sentido de la existencia en los países inmersos en los procesos de colonización. Frente al cálido clima caribeño, Ralph prefiere la majestuosidad del frío y los climas templados como reivindicación de la otredad o alteridad, así como medio de escapismo.

Sentir el vacío: Los objetos

En *Los simuladores*, los objetos perpetúan la memoria humana y devienen estandartes de la culpa. Pese a su condición de imitador o farsante ante los otros, Ralph Singh se erige como sujeto autoconsciente de la herida que el proceso de colonización ha horadado en el alma del hombre y en la historia de los pueblos. A este respecto, arroja luz el episodio novelesco en el que, a propósito de la urbanización de Crippleville, se presentan unas raíces de un árbol gigantesco que hay que eliminar, dejando una herida monstruosa en la tierra roja. Ralph preservó el trozo de madera en su escritorio, a modo de talismán. El valor simbólico de la astilla de madera actúa como elemento sinecdótico o metonímico del desarraigo existencial del personaje, que no solo llegó a Trinidad a causa de un exilio, sino que clarividencia la renuncia a sus raíces hindúes. Sin embargo, en esa actitud de desprecio hacia sus raíces y su idiosincrasia, se vislumbra una falsa ruptura con el pasado, que lo vinculan de nuevo con la imaginaria y los símbolos hindúes de antaño. Esa lejana imaginaria parece haberse destruido superficialmente, pero continúa en el dominio occidental y en la psique del personaje. De un modo semejante, ante los episodios de violencia pseudorrevolucionaria en la isla, un hombre le trajo una piedra manchada, pegajosa, con sangre y cabello de niño: en la casa romana dejan caer la piedra, se desposeen de ella, quizá porque al hombre solo le queda “destruir las imágenes de carne vulnerable” (Naipaul, 1997, p.271).

Esa emoción por los objetos aflora en el protagonista cuando vivía con su esposa en Isabella, sobre todo cuando Sandra se fue un día en una excursión de compras y no la encontró en la casa romana. El gesto de acariciar los vestidos y zapatos abandonados por Sandra contenía algo de verdad: “Cogí un zapato y examiné el tacón gastado, las grietas diminutas de la piel. Toqué los vestidos. Me sentía un poco mareado a causa del whisky” (Naipaul, 1997, p.208). En relación con ese sentimiento de ausencia y vacío ante los objetos de la persona que ya no está, existe una leyenda japonesa que versa sobre un niño que se ahoga mientras sus padres no estaban. Cuando entran sus padres, ven el kimono y aflora esa emoción de verdad: “Al sol se están secando los kimonos. / Ay las pobre mangas / del niño muerto”. Ese sentimiento es semejante al expresado en el filme *Hierro 3*

(*Bin-jip*), donde el espacio de la ausencia adquiere un mayor protagonismo que la presencia en sí. En Oriente existe el vacío, expresado en el pictograma japonés *kanji*, MU: *vacío*, pictograma que se sitúa como portada de *El imperio de los signos*, obra que R. Barthes (2007) dedica a Japón. Si en Japón existe un pictograma para nombrar el vacío, esta conceptualización es impensable en Occidente, quizá en razón de que el ser occidental no soporta el vacío, porque de él se deriva la nada. Pese a la occidentalización de Ralph, subyace el eco de sus orígenes hindúes, a partir la memoria evocada en los objetos.

Habitar un espacio: La casa

La pugna entre el pasado y el presente se manifiesta de manera luminosa cuando Ralph Singh quiere urbanizar la tierra de Isabella, en concreto, la herencia de una plantación de cítricos muy valiosa. Si Ralph Singh se ha dado a sí mismo un nombre, también se lo otorgará a la urbanización: *Crippleville* (literalmente, villa de los lisiados), donde construye su casa romana para vivir con Sandra: perpetúan los ritos en la casa, con una fiesta de estreno donde proclaman su posición e interpretan un papel sin saber cómo hacerlo. El protagonista tiene el ejemplo de otras fiestas a las que asistió. Tras tomar copas, se exigía a los invitados que destrozasen cosas indicadas por el anfitrión: en la piscina lanzan una pelota rompiendo vasos y platos. El protagonista cruza la verja hacia la ruinoso plantación de esclavos, produciéndose un contraste entre la ruina de lo viejo (la plantación) y la intrusión de lo nuevo (la casa recién construida). Esta tensión dialéctica entre lo antiguo y lo moderno conduce a una sensación de desarraigo:

El dolor seguía, cautivo, el dolor sin nombre del que parece que no hay salida, y entonces sabes que la desesperación es absoluta. Lloraba porque no tenía más mundos que conquistar. Comprendo las lágrimas de Alejandro. Eran lágrimas auténticas, nacían de una causa más honda. Son las lágrimas de [...] los primeros hombres del mundo, que anhelan hacer penitencia por la raza entera, porque notan la falta de comprensión entre el hombre y la tierra que pisa, y que saben que, hagan lo que hagan, esta sensación de vacío perdurará. Son las lágrimas de los hombres que han llegado al final de su estirpe, que prevén su extinción. (Naipaul, 1997, p.84)

Pese a que los enamorados perpetúan los ritos de inauguración de la casa, al final aflora una sensación de intrusismo y de habitar en la tierra de nadie. De esta actitud se desprende un anhelo por reafirmar la identidad, un mantenerse en la

sombra. No obstante, la debilidad del hombre es tal que culpa a la casa de un desasosiego y una desazón de raíz profundamente humana. En Ralph no aflora ningún sentimiento hacia la casa de madera del periodo colonial: en él late el mismo sentimiento de desarraigo, pues no es su casa natal sino una casa “construida”. En este sentido, para Bachelard la casa se constituye como lugar primigenio del mundo en el imaginario antropológico y cultural. El interior de la casa adquiere en términos antropológicos un sentido imaginario de la intimidad, como construcción subjetiva de las experiencias vividas en ese espacio:

Las verdaderas casas del recuerdo, las casas donde vuelven a conducirnos nuestros sueños, las casas enriquecidas por un onirismo fiel, se resisten a toda descripción. Describirlas equivaldría a ¡enseñarlas! Tal vez se pueda decir todo del presente, ¡pero del pasado! La casa primera y oníricamente definitiva debe conservar su penumbra. (Bachelard, 2000, p.27)

Fabular la crueldad: Los ríos Níger y Sena

Desde los postulados clásicos de la negritud, ya para Fanon “el alma negra es una construcción del blanco” (Vega, 2003, p.48), mediante un proceso de alienación en el que la civilización blanca y la cultura europea han impuesto sobre el negro una desviación existencial, una pérdida de sus raíces en el limbo de su identidad. “Del tigre no se habla de su tigritud”, afirmaba Wole Soyinka y, sin embargo, la figura del negro se ha situado en el punto de mira del discurso occidental. Esta construcción negro-blanco se deja sentir en *Los simuladores* a través de la fábula sobre el Níger y Sena, ríos del África occidental y de Francia, metáforas de la negritud bárbara frente espectro civilizador, europeo y blanco. Francia es otra de las grandes metrópolis que ha colonizado buena parte del África. Así pues, en la obra se relata un cuento anónimo y satírico titulado *El Níger y el Sena*, que estaba en inglés, pero se inspiraba en el Cándido francés. “El Níger es un tributario de ese Sena” (Naipaul, 1997, p.90), exclama Sandra como expresión del vencido en la guerra entre el amo y el esclavo. Sandra, en el plano individual, también se siente vencida.

Pero más allá del cuento inserto en la novela sobre el Níger y el Sena, existen voces como la de los Mural, que abogan para que Inglaterra se mantuviera blanca. Como sostiene Said (2007, p.278) las bases biológicas sobre la desigualdad entre las razas emergieron como constructo cultural en el siglo XIX. El perspectivismo en la novela se deja sentir con la figura hegemónica de Froude, panfletista del imperialismo que visita la isla y que se alza en un sentimiento de cólera contra la

holgazanería de un personaje negro. El episodio construye las identidades tanto del blanco imperialista como del negro, de modo que el discurso lo ejerce el poderoso blanco contra la raza menos hegemónica, según se ha perpetuado la historia de las identidades a lo largo del tiempo.

Un episodio de contraste cultural lo protagoniza Hok, descendiente de chinos, con mezcla de sangre siria o europea con africana, quien siente vergüenza ante su madre negra. En esta línea interpretativa, otra situación de racismo o reticencia hacia el negro se produce cuando se organiza un concurso de eslóganes en la isla para una marca de ron. Cuando se descubre que el concurso lo ha ganado un negro, un personaje de ascendencia francesa Deschampsneufs arremete en insultos contra el negro Edem. También Cecil, tío de Ralph, gustaba de interpretar en público con un negro analfabeto, una comedia muy dramática de amo y sirviente, reservando este último papel para el personaje negro.

Sobre el hecho de volver donde uno ha nacido, el padre de Deschampsneufs, un adicto a la teoría racial, tiene ideas preconcebidas sobre la raza y la civilización (los orientales frente a los africanos):

Dividía las naciones en las cortas de vista, como los africanos, que permanecían en estado natural; las de vista larga, como los indios y los chinos, obsesionados con sus pensamientos de la eternidad; y los de vista mediana, como él mismo. Los de vista mediana eran los hacedores, los supervivientes. (Naipaul, 1997, p.193)

Deschampsneufs intenta convencer a Ralph para que se quede. Sin embargo, Ralph se mantiene firme en su idea de marcharse, siendo prejuizado por Deschampsneufs como un oriental de civilización antigua que renuncia con demasiada facilidad:

Oh, sí, todos queremos irnos y etcétera. Pero el lugar donde naces es algo curioso. Mi tatarabuelo e incluso mi abuelo siempre me hablaron de volver a Europa para siempre. Y se iban, pero regresaban aquí. Verás, naces en un lugar y te haces hombre en él. Llegas a conocer los árboles y las plantas. Nunca conocerás igual a otros árboles y otras plantas. [...] Te marchas. Preguntas: “¿Qué es ese árbol?” Alguien te dirá: “Un olmo.” Ves otro árbol. Alguien te dirá: “Eso es un roble.” Bien; los conoces. Pero no es

lo mismo. [...] De acuerdo que te marchas. Pero volverás. Donde has nacido, hombre, has nacido. Y esta isla es un paraíso, ya lo descubrirás. (Naipaul, 1997, pp.192-193)

Epílogo: Londres, ¿redención o condena? Hacia una conclusión

A lo largo de esta vida novelada por el propio personaje, aflora una continua modificación de su visión sobre sí mismo y sobre el mundo. Quizá la literatura no salve del horror colonial pero, cuanto menos, ayuda a soportar las heridas del tiempo y los intersticios de sombra tejidos por la historia. Autoconsciente de su propio proceso de escritura, casi al término de su narración memorial, Ralph Singh explica cómo comenzó a escribir: cuando la luz mortecina en la ciudad de Londres se dispuso a declinar, inyectando en el personaje una sensación de náusea y el recuerdo de la primera nevada. Han pasado catorce meses desde que Ralph comenzó a redactar su libro, que no es un fin en sí mismo, pues más allá de *l'art pour l'art* propio del modernismo y las vanguardias, entraña un fin social: descreer de la inocencia que pueda desprenderse de las palabras. Ralph escribe quizá para encontrar un empleo, realizar reseñas literarias en revistas sobre asuntos coloniales o tercermundistas, de modo que suprime el malestar de la narración cronológica, porque la vida solo puede colmarse de una forma mediante el artificio literario.

En las páginas finales, existe un vínculo entre el destino del padre y del hijo: ambos renuncian al mundo, a la sociedad, a la vida en Isabella, a la existencia en el Caribe. Un episodio emblemático se cifra en la visita que Ralph realiza a su padre antes de marcharse de Isabella. Llega a un lugar boscoso cerca del mar, hasta una choza en que le habla en hindi una mujer de blanco (*darshan*, palabra con asociaciones religiosas). Es el día del silencio del padre. Ha renunciado al mundo. Se ha convertido en un verdadero *sanyasi* (con la túnica amarilla en medio del bosque). El padre volvió a la choza. Lo abrazó, amable y silencioso. Ralph renuncia a la vida social: se encuentra en el ático de un hotel privado, en Londres, en la zona de Kensington High Street. En ese lugar se enteró de la muerte de su padre.

Al final de la obra se deja sentir una derrota y también un alivio en el protagonista: ha renunciado al imperio. Ha adquirido el don de la observación minuciosa, creando un orden, un disfrutar continuo y callado. Se encuentra en un hotel entre personas que por una u otra razón se han retirado de sus países de origen, separados de sus familias, donde asisten a acontecimientos que no comparten, como la Navidad. Su actual residencia en Londres es el exilio más fructífero: su imagi-

nación divaga hacia jardines de tranquilidad, entre el campo y el hotel: “Escribir clarifica e incluso se convierte en proceso vital” (Naipaul, 1997, p.282). Acaso en Londres Ralph pueda encontrarse un atisbo de su sentido identitario, como si la literatura fuera la única geografía a la que puede acceder el sujeto postcolonial. Ralph se repliega en la soledad profunda de las lindes de su alma, único territorio que acaso aspire a conquistar. No hay travesía que conduzca hacia la luz o la revelación final, sino un profundo viaje al fin de la noche, al corazón de la miseria humana de aquel que no echó raíces, pues siempre fue un extranjero de su identidad.

En la interpretación de *Los simuladores*, tras una aparente respuesta surge una nueva pregunta, más desasosegante aún si cabe que la anterior, lo que aviva el juicio intelectual y obliga a repensar los posicionamientos críticos y la identidad del personaje. Pero para atar cabos y arribar a algún puerto hermenéutico, se ha convenido en optar por la representación y la ficcionalización como claves interpretativas de la novela. En lo concerniente a la primera, tal como se interrogó Said: ¿Podría existir una representación verdadera de algo? Todo está mediatizado por el lenguaje. El discurso de la representación ha suplantado a la vida. No es necesaria la correspondencia entre el lenguaje utilizado para describir Isabella (el cronotopo ficticio) y la Isla de Trinidad (territorio real susceptible de ser reinterpretado en términos lingüísticos). Como escribió Said (2007, p.44), la articulación del proyecto orientalista entraña una doble vertiente: la invención o ficción y la política, puesto que no es lícito desideologizar los contextos epistemológicos de la obra literaria, como constructo histórico, social y cultural, que le otorga su condición artística. El discurso orientalista no busca la verdad, sino su representación a partir de técnicas occidentales de representación. Esta idea de representación es teatral (escenario oriental hacia el que Occidente mira).

A este respecto, es muy significativo en *El corazón de las tinieblas* (Conrad, 1984) el pasaje en que Marlow expresa su fascinación por los mapas, como visualización de los territorios que luego serían objeto de exploración. Este personaje da la clave de aquello que Borges expresó de manera hermosa en su fábula de los cartógrafos: el privilegio del mapa frente al territorio, es decir, de la representación de la realidad frente a la realidad en sí misma. En definitiva, todo está mediatizado por el lenguaje y por la mirada del observador hacia el territorio, como operación traslaticia por convertir la realidad en interpretación de una realidad, que es la base de la hermenéutica. En esa representación de la realidad, el Yo es en tanto que se opone a otro (el yo es otro, que decía Rimbaud).

En cuanto a la segunda clave interpretativa, la ficción o la ficcionalización adquiere un tenor más perfecto que la vida: la literatura concede al mundo los desenlaces de que carece. Tal como se relata en la historia autobiográfica de Hermann Hesse (Prinz, 2002), cuando el escritor hindú fue a la cárcel acusado de seducir a una joven por medio de la magia, pintó en la pared de su celda un tren a punto de atravesar un túnel negro. Hesse construyó su propio mundo frente a todos los naufragios. Ante la llegada de los guardias, ese mundo de martirio no se podía soportar sin magia, por lo que se hizo pequeño y subió al tren, avanzando por el túnel negro y tanto el tren como él desaparecieron ante la perplejidad de los guardias. La imaginación es una forma de representación tanto para Hesse como para Ralph Singh, protagonista de *Los simuladores*, pero para este último su salvación no es pintar, sino escribir la historia de su vida, entremezclando no solo los pasajes de su historia con arreglo a lo que fue (el destino hindú en el Caribe), sino con lo que debió de ser (con el jinete evocando la figura de Alejandro Magno). Detrás de la novela subyace un eco cervantino, el “yo sé quién soy” del héroe moderno que reflexiona sobre su propia identidad, un héroe o antihéroe exiliado que sufre y ama la vida y al final comprende que no hay mayor dolor que ser un exiliado de su propia alma.

El otro, la mudez que pide voz
al que tiene la voz
y reclama el oído del que escucha.
El otro. Con el otro
la humanidad, el diálogo, la poesía, comienzan.
Rosario Castellanos. (2001, p.343)

Referencias bibliográficas

- Bhabha, H. K. (1994). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. (2ª edición). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
Barthes, R. (2007). *El imperio de los signos*. Barcelona: Seix Barral.
Castellanos, R. (2001). *Poesía no eres tú*. México: FCE.
Conrad, J. (1984). *El corazón de las tinieblas*. (2ª edición). Madrid: Alianza.
Eliade, M. (1999). *Historia de las creencias y las ideas religiosas I. De la edad de piedra a los misterios de Eleusis*. Barcelona: Paidós.
Foucault, M. (1979). *La arqueología del saber*. (6ª edición). México: Siglo XXI.
Habermas, J. (1989). *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos.
Klein, N. (2001). *No Logo. El poder de las marcas*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

- Naipaul, V. S. (1997). *Los simuladores*. Barcelona: Planeta.
Nietzsche, F. (2000). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
Paz, O. (1993). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Cátedra.
Prinz, A. (2002). *Y todo comienzo tiene su hechizo. Biografía de Hermann Hesse*. Barcelona: Herder.
Ruano, B. E. (1988). *De la alteridad en la historia*. Madrid: Real Academia de la Historia.
Said, E. (2007). *Orientalismo*. Barcelona: De Bolsillo.
Steiner, G. (2007). *Nostalgia del absoluto*. (9ª edición). Madrid: Siruela.
Valera Zapata, J. (1998). *V. S. Naipaul. Sociedad postcolonial y literatura de la Commonwealth*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
Vega, M. J. (2003). *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Barcelona: Crítica.
Vertovec, S. y Van Der Veer, P. (1991). Brahmanism Abroad: on Caribbean Hinduism as a Ethnic Religion. *Ethnology*, 30(2), 149-166.
Villoro, L. (1998). *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: Paidós.